



Villar, continuando esta misma vía, pero a través de un panorama de laderas germinadas de cereales. Cuando llegamos alegre el ánimo del viajero contemplar ambos embalses repletos hasta rebosar. Nos encontramos ante las grandes balsas que sacian la sed de Madrid. Y al verlas verter por sus aliviaderos nos parece que se hallan bien lejos aquellos tiempos en que teníamos que administrar la más pequeña gota de agua como si fuera el más codiciado de los tesoros.

El agua, fundamento de la vida, más rica que el platino o cualquier otra materia valiosa, tiene entre sus cualidades la de embellecer el paisaje y la no menos estimable de quitar el sopor que emperieza. Por ello, aquí junto a esta ingente masa de agua, nos sentimos más ingravidos, como si la ligereza de los años mozos se posesionase nuevamente de nosotros. No nos cansa subir ni bajar una y otra vez mientras recorremos los paisajes del contorno. ¡Y cómo abre el apetito la fresca y deliciosa brisa que nos acaricia!

¿Dónde comemos? Aquí, si tuvimos la precaución de preparar los alimentos necesarios, y si no fuimos tan precavidos, en Buitrago, que ello nos dará oportunidad de cambiar de cocina, saboreando, entre otros platos, un rico asado, o

la fina ternera, o la sabrosa trucha, porque en esta comarca abundan las buenas carnes y sus gentes no son lerdas en esta cuestión tan importante como es la de condimentar, dándoles su punto y sazón, los más diversos manjares.

PAISAJE PASTORIL

Regresamos a la gran ciudad por una región llena de dulzura, de belleza tranquila y de paz, que ha conservado el encanto de las églogas pastoriles. Desde La Serna, Braojos —¡cómo cantan y bailan sus hombres y mujeres la pastorela navideña!— y El Cuadrón se suceden los motivos que han de causar entre nosotros, gentes de la ciudad, sincera admiración, y que nos harán preguntar: ¿Pero estamos tan sólo a 75 kilómetros de Madrid? Los orondos fresnos y los altos chopos mezclan su voz con el susurro cantarino de los arroyos. Balan los rebaños y se oye el chirriar de las carretas. Un asnillo enano y peludo nos impide avazar. Poco después, cuando atravesamos el humilde caserío de estas aldeas, nuestra marcha se ve de nuevo interrumpida por una gallina seguida de su numerosa prole de polluelos, o por una cabra saltarina, o por el pausado movimiento de una piara de cerdos. A

lo largo de este campo bordeado de carrascas y fresnos, entre prados y montes, nuestra alma se llena de esperanzas mientras una lluvia interior de calma y sosiego limpia nuestros pensamientos. Evidentemente, la ciudad está lejos.

POR DONDE PASARA EL FERROCARRIL DIRECTO DE MADRID A BURGOS

El Cuadrón, anejo de Garganta de los Montes, da acceso a la carretera general, por la que circulamos hasta el kilómetro 58. Torcemos hacia Valdemanco. A la derecha quedan los canchos de La Cabrera, en cuyas peñas se inicia la sierra de Guadarrama. Es un canchal de grandes peñascos que contrasta con el paisaje bucólico de los cerros de Mondalindo, que unos cuantos regajos de aguas claras han cubierto con una flora abundante, distribuida por la Naturaleza con gracia y suavidad.

Antes de llegar a Valdemanco —lugar humilde— reaparecen las obras del ferrocarril directo de Madrid a Burgos, que sólo están a falta del tendido de las raíles y que tan grandes beneficios reportará a la comarca. Al llegar a Bustarviejo —pueblo pintoresco y asentado en un campo en el que se cultiva ese rico tubérculo, carnoso y feculento, que es la patata— sofocaremos nuestra sed en la linda fuente del Collado, uno de los samaritanos encuentros de nuestra provincia más apreciados del caminante.

Pasamos por debajo de arrogante puente. Estamos, sin duda, en el corazón de una región de la Sierra que todavía no ha sido descubierta por los madrileños. En una zona limpia de monumentos —¡qué falta tiene de ellos!— que cautiva por su sencillez y naturalidad.

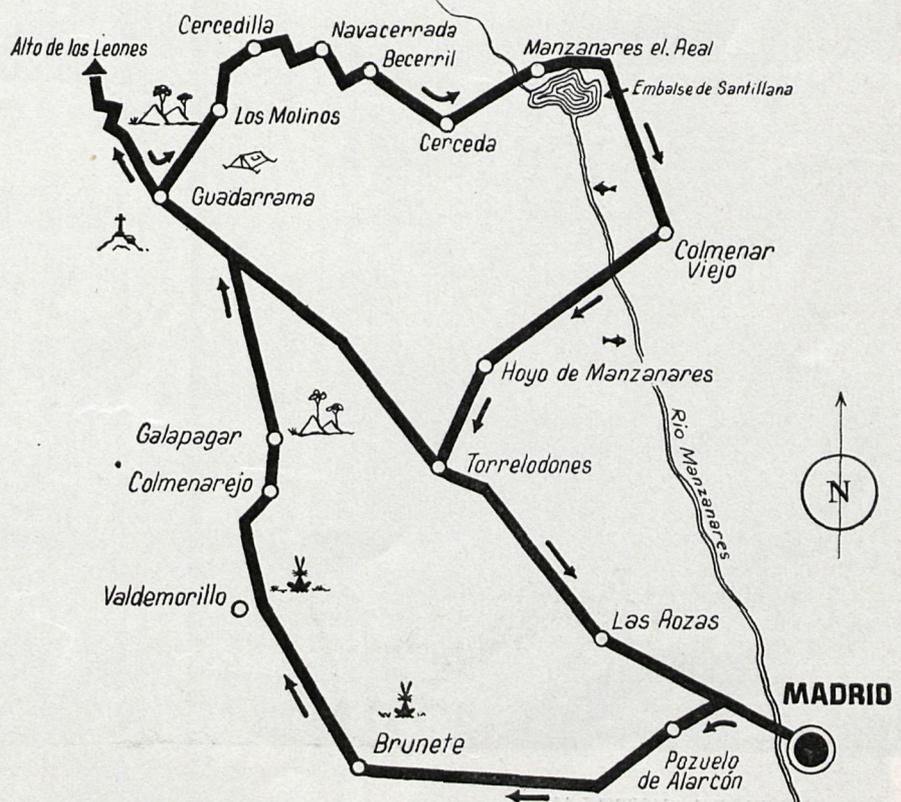
En un cruce, cuyo hito marca el kilómetro número 25, «cogemos» la carretera que nos ha de llevar a Colmenar Viejo. Atravesamos Navalafuente y Guadalix, dos pueblos de fisonomía montaraz, más propia de otras latitudes, que el cine popularizó en aquella película de fino humor titulada «¡Bien venido, Mister Marsall!». Y cuando faltan muy pocos kilómetros para llegar a Colmenar Viejo, un paisaje que compensa por sí solo cuantas fatigas hayamos podido pasar durante nuestra excursión. Lo divisamos desde el cerro de San Pedro, lugar que nos trae resonancias de simulacros bélicos. A la izquierda, en lontananza, se divisa el perfil urbano de Madrid, y enfrente de nosotros el lago que forma el embalse de Santillana. Sin darnos cuenta ha retornado la primavera.

Avanzada de la capital hacia el paisaje rural = Boadilla del Monte, mansión del amor = Campos heroicos = Pueblo en fiestas = Serranía = Huella de victoria y homenaje eterno.

Tres pueblos veraniegos = Cercedilla, localidad que cautiva = La sierra, convertida en playa = El "vituperado" Manzanares.

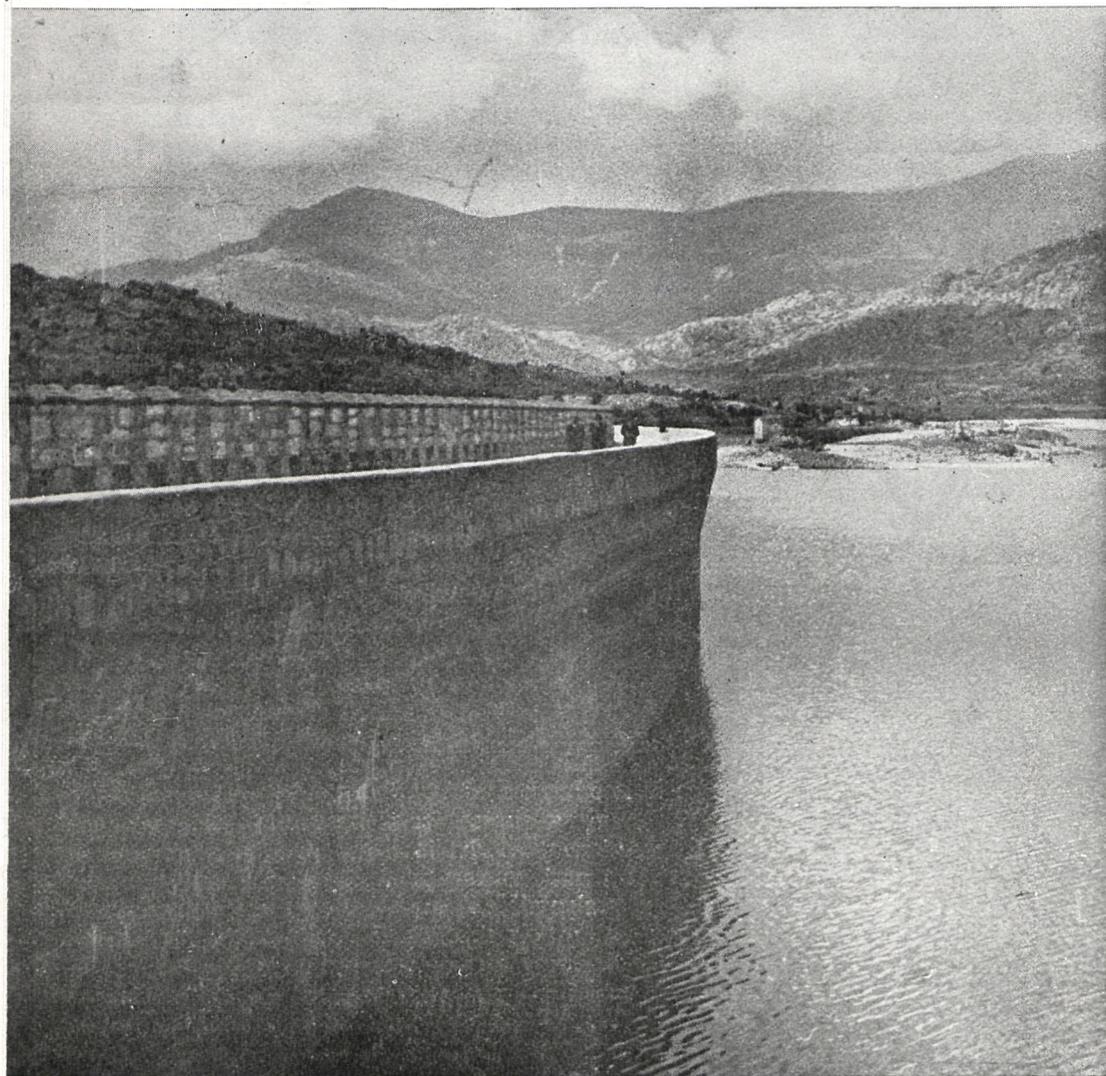
Para concretar mi impresión particular, más subjetiva que real, sobre el itinerario que hacemos hoy, tendría que recurrir a una imagen tal vez en desuso —es posible que hasta anticuada por no ajustarse a moldes y a gustos de ahora— y decir que es una ruta que, por su contenido, se asemeja bastante a aquel símbolo mitológico, el cuerno de la abundancia, atributo de determinadas deidades —Cibeles, la diosa de la Tierra, y Ceres, la vestal que enseñó agricultura a los hombres—, que, en su plenitud de flores y frutas, daba a entender a los paganos la producción fecunda de los bienes terrenales.

Asta, cuerno o cornadura, que iríamos llenando según pasáramos por los distintos lugares. En Boadilla del Monte escogeríamos sus diminutos y ricos piñones; la esbelta espiga dorada de los cereales, en los campos de Brunete y Villanueva de la Cañada; la flor del tomillar aromático, cerca de Colmenarejo; la fruta temprana, a la vera del camino de Manzanares el Real; de los montes y prados, la res





RIO MANZANARES.



EMBALSE DE SANTILLANA.

bien criada, y la rauda y ágil liebre, en la suave ladera arbolada con encinas y carrascos. Y la ave-cilla tierna, entre los mil pájaros que vuelan por los fragosos contornos de la Sierra; y la flora montañosa de sus elevadas cumbres. Y hasta la verde hortaliza de sus pequeñas huertas junto a las riberas de los ríos.

Esta vez, para ir a la Sierra, y al hablar de la Sierra los madrileños no tienen que añadir palabra alguna para saber que es la de Guadarrama, la Sierra por antonomasia, no salimos por la carretera de La Coruña, sino por otra vía paralela que atraviesa los pueblos de Pozuelo de Alarcón, Boadilla del Monte y que se bifurca después hacia Brunete y Valdemorillo, en dirección a Colmenarejo y Galapagar.

AVANZADA DE LA CAPITAL HACIA EL PAISAJE MURAL

Pozuelo de Alarcón, pueblo perteneciente al partido judicial de Navalcarnero, puede considerarse como un barrio más de la capital de España; como zona de descanso y sosiego de la gran urbe. Su característica principal es una masa abundante de árboles, entre los que destacan, para ornato del poblado, la alegre arquitectura de bellos hoteles. Otra nota peculiar de Pozuelo de Alarcón es que, como se ha formado principalmente a lo largo de los doce últimos lustros, se perciben en la estructura arquitectónica de sus edificaciones los estilos en boga de distintas épocas. Así, vemos las villas de aire conventual, con sus fachadas de ladrillo encarnado, limpias de adorno, junto a otras de gusto más recargado que contrastan extraordinariamente si las comparamos con la línea airo-sa y frágil de las construcciones modernas.

En fin, Pozuelo de Alarcón, que goza en todas las estaciones del año de un clima benigno que le ha hecho sitio preferido de muchos de nuestros convecinos, es, por hallarse tan sólo a 13 kilómetros de Madrid, como una avanzadilla de la capital hacia el paisaje rural. La facilidad de medios de comunicación ha contribuido al crecimiento y desarrollo de este lugar, que surgió en sus orígenes ante un pozo de agua clara que calmó la sed de Francisco I, cuando el Monarca francés practicaba por estos parajes el noble deporte de la cetrería, y que hoy, en ese ir y venir de la gran ciudad, por arte y magia de los años, retorna a ser rincón de asueto y ámbito de sanos esparcimientos.



BRUNETE Y LAS HUELLAS DE SU GESTA.

BOADILLA DEL MONTE, MANSION DEL AMOR

A Boadilla del Monte se llega por un terreno montuoso con seculares arboledas de recias encinas y encapotados pinos. Paisaje que se ennoblece con un palacio de construcción dieciochesca, levantado por el genio de Ventura Rodríguez, y que guardó entre sus muros los románticos amores de Doña María Teresa de Villabrija con el Infante Don Luis de León, el único hijo de Felipe V que no ciñó corona sobre sus sienes, y a quien su hermano el Rey Carlos III desterró de la Corte por casarse sin su licencia, contraviniendo la programática sobre matrimonios de personas reales.

En esta mansión palaciega que hoy cumple fines caritativos —ha sido restaurada, acoplándola a las necesidades de su nueva misión— conserva, si bien un tanto abandonados, los restos de un amplio y risueño jardín que nos recuerda que en dicho palacio se cobijaron unos

amores puros, limpios y desinteresados.

También se mantiene en pie una bella y hermosa fuente de grandiosas proporciones, que más de una vez mitigaría la pesadumbre del destierro, impuesto por la rigidez de unos principios —¡cómo han cambiado los tiempos!— y que el amor aceptó con resignada complacencia.

Dentro de la armoniosa y noble planta del palacio, actualmente transformado, como ya hemos dicho, en centro educativo benéfico, perduran aún pinturas y cenefas de considerable valor artístico. Mas tal vez sea el sepulcro de la condesa de Chinchón, esposa de Godoy, la huella del pasado de mayor interés, ya que presenta facetas que indudablemente merecen ser admiradas, e igual ocurre con la sepultura de los duques de San Fernando.

CAMPOS HEROICOS

Cerca de un monolito, que dice al caminante que en aquel terreno cayó Ramón García Noblejas, figura señera de una estirpe falangista que ofrendó a la Patria la vida de cuatro de sus miembros, tomamos la carretera que nos ha de conducir a Brunete, por cuyas calles renacidas ya hemos circulado en otra ocasión. Seguimos avanzando hacia Villanueva de la Cañada. Bajo el azul de este cielo diáfano, nuestro heroico Ejército conquistó, en una de las jornadas bélicas más trascendentales de nuestra Cruzada, la gloria y el triunfo. Desde entonces, la tierra de esta comarca se halla empapada de sangre española; sangre que la hará para siempre tierra de honor y de holocausto en la Historia de España. Las troneras, casamatas y fortificaciones advierten al viajero

cuántas vidas se tuvieron que sacrificar para que en nuestra Patria renaciesen, fuertes y pujantes, el trabajo, la familia, el orden, la religión y la paz.

PUEBLO EN FIESTAS

Valdemorillo está situado en un pequeño valle al pie de la montaña. Paramos. La iglesia es acreedora de tal alto. Obra de Juan de Herrera, tiene ajustadas proporciones y conserva, en buen estado, nervaduras góticas bien definidas. El pueblo acaba de celebrar la fiesta patronal. Las calles acusan aún el adorno de los festejos populares. Ha habido corrida de toros, y las campanas de la iglesia han repicado con alegría. La procesión llevó en andas, entre unción y jolgorio romero, a la Virgen de la Esperanza.

SERRANIA

Por Colmenarejo entramos en la Sierra. Es un terreno en el que abundan los conejos y las liebres. De monte alto y bajo, hueco o espeso de jaras y tomillares. Un perfume, suave y penetrante, nos invade. El río Aulencia le da frescor. Luego, a muy pocos kilómetros, Galapagar, donde la Sierra empieza a urbanizarse. La falda del Guadarrama se va cubriendo de hotelitos. Aquí tuvo su finca de recreo don Jacinto Benavente, y aquí reposan los restos del glorioso dramaturgo español. Sin embargo, ni una mísera lápida recuerda su memoria, ni tampoco la predilección que mostró tan preclaro ingenio por tal localidad.

Hasta el pueblo de Guadarrama —¡qué bella es su plaza!— contemplamos un paisaje de serranía suave. Al fondo se vislumbra la grandiosa Cruz del Valle de los Caídos, que produce la sensación de abrazar amorosamente a toda la comarca. Luego, las breñas y las rocas de Guadarrama hacen su aparición. ¿Sería por aquí por donde los salteadores de caminos desvalijaban a los pacíficos viajeros de las diligencias?

Se cubren los montes de viejos pinos. Se oye el cantar de los arroyos. Nos paramos en la Fuente de la Teja. ¡Qué aire más fino se respira! Se inicia la zona de los grandes sanatorios antituberculosos; la mayoría de ellos, merced a los adelantos de la Medicina moderna, por ventura, medio vacíos. Se presiente Tablada, macizo de andanzas vaqueras, por donde pasó con su musa y sus debilidades humanas el gran Arcipreste de Hita:

«Cerca de Tablada—la sierra pasada—falleme con Aldara—a la madrugada». Viajaba Juan Ruiz a pie, o sobre vieja mula, y nosotros en cómodos y rápidos automóviles. ¡Cómo vamos a tener la suerte de que salga a nuestro encuentro esa serrana que todo hombre habría de codiciar, según exalta en sus versos don Rodrigo de Manrique, otro de nuestros poetas del siglo XV, que dedicó su estro a ensalzar los femeninos encantos de las bellas mujeres de estos contornos! En verdad que sería excesivo en demasía. ¿No lo creen ustedes así?

HUELLA DE VICTORIA Y HOMENAJE ETERNO

La pendiente se hace pronunciada. Los indicadores se van sucediendo. Primero nos advierten que el desnivel es de 8 por 100; luego, de 10 por 100, y, por último, de 14 por 100. Son más de 1.500 metros los que nos separan del nivel del mar. Hemos coronado, al fin, el Alto de los Leones.

Las huellas de las balas que hieren las piedras del monumento permiten evocar con emoción y respeto aquel «Alto del León», por donde pasaron las gloriosas Banderas de Castilla y del Ejército Nacional en uno de los más difíciles pasos hacia la gran victoria. Y desde entonces cambia de nombre y se convierte en el «Alto de los Leones de Castilla». Por esto es algo más que la separación geográfica de dos provincias vecinas. Es la huella de la victoria y el homenaje eterno a los héroes que aquí dejaron para siempre sus vidas e hicieron posible la paz bendita de España.

El paisaje que se contempla desde las dos vertientes es admirable y distinto. Hacia Madrid, el caserío de varios pueblos se extiende por las laderas de la montaña, para perderse luego en lontananza del valle. La piedra, el árbol y los prados le dan color, nobleza y suavidad. En cambio, en dirección a Segovia, se adorna casi exclusivamente por el árbol —el alto pino— y la cinta —blanca o plateada— de la carretera.

TRES PUEBLOS VERANIECOS

Después de refrescar en Casa Hilario, regresamos camino de Navacerrada, Los Molinos y Cercedilla, donde finaliza este trayecto sabatino. Tres pueblos veraniecos cuya categoría estival queda señalada, poco más o menos, por el orden que han sido designa-

dos. Navacerrada —pradera cerrada— es punto desde el cual se pueden realizar muy variadas y deliciosas excursiones al puerto de su nombre, a la cima de Guarrmillas (2.261 metros) y a La Barranca (quebradura cubierta de frondosos pinares); desde Los Molinos —villa cuya población en la temporada canicular pasa de 1.500 habitantes a más de 10.000—, efectuaremos, si bien ocasión más propicia, desplazamientos sumamente gratos, entre otros, al Cerro de la Peñota y a la Peña del Cuervo; Cercedilla... Bueno. Cercedilla merece párrafo aparte.

CERCEDILLA, LOCALIDAD QUE CAUTIVA

Aunque parezca extraño, la antigua Zerecedilla —¿acaso porque abundaban los cerezos?— es una localidad que, a pesar de su incuestionable belleza, no tiene literatura propia. Los poetas no exaltaron nunca las excelencias de este lugar, y ello, cuando hay tanto que alabar, causa, en verdad, estupor. Sita en un pintoresco y lindo paraje de la Sierra de Guadarrama, en medio de la gran concha que forma el abrupto macizo de Siete Picos, cautiva no sólo por sus bellas vistas, sino también por la delicia de su clima. Y si en invierno está extraordinariamente bonita con el blanco traje de la nieve, en el estío, cuando se adorna con las galas exuberantes de la Naturaleza, enamora con la luz luminosa de los verdes prados; con el agua que cae a raudales de las montañas; con el pájaro que allá en la cima goza y canta; con la púrpura que se enciende en el horizonte; con las noches frías.

La mañana del domingo puede dedicarse, después, naturalmente, de asistir a la santa misa —buen comienzo requieren las cosas—, a muy variados motivos. Podemos realizar excursiones; ir, por ejemplo, a Las Dehesas; bañarnos en la piscina pública, o simplemente permanecer echados sobre el verde a la sombra del viejo álamo.

LA SIERRA, CONVERTIDA EN PLAYA

Desde Becerril a Manzanares, la Sierra se convierte en playa. La carretera y las orillas de los ríos y arroyos artificiosamente embalsados por pequeños diques, se ven invadidas por las gentes que buscan el placer del agua. Los bañadores y las sombrillas de colores